

menzó la era del libre cambio, y por un maravilloso concurso de diversas circunstancias, fué ésta la era de una prosperidad económica tal, que el mundo no ha visto aún nada semejante. Inglaterra se hizo la dueña del mercado universal. La grande industria se desarrolló con una rapidez fabulosa y sus provechos fueron espléndidos.

Fué tan gigantesco este avance, que casi todas las clases de la nación tomaron parte en él. El extranjero pagó los gastos. Los propietarios de las tierras se conciliaron con el nuevo estado de cosas. La renta rústica estuvo lejos de caer, como habían temido; por el contrario, se aumentó. Al mismo tiempo comenzaron á participar por sí mismos en las empresas—particularmente en las sociedades por acciones—y de este modo quedaron interesados en la prosperidad de la industria.

Se produjo el mismo fenómeno que se había producido en la segunda mitad del siglo XVIII. Como entonces, la oposición entre Whigs y Tories, la oposición entre liberales y conservadores, dejó de ser una oposición de principios. En las décadas que siguieron á 1848, vemos el caso maravilloso de ministerios conservadores que aplican el programa liberal de sus adversarios, y que con frecuencia les sobrepujan en liberalismo. La única diferencia esencial entre ambos partidos no se encuentra en su política interior, sino en la exterior, en particular respecto á Rusia. Si los dos partidos permanecieron separados, es sobre todo á la insuficiente capacidad

del comedero del Estado, á la que debe hacerse responsable: era demasiado pequeño para admitir á todos los que trataban de llegar á él por el Parlamento. La política parlamentaria perdió nuevamente todo carácter de principio; de nuevo fueron sólo puras comedias las luchas parlamentarias; comedias representadas por politicastos y llegados.

La reforma electoral de 1867 no cambió gran cosa esta situación.

La propiedad económica no había reconciliado sólo á los propietarios rústicos con el régimen capitalista, sino también á una parte de la clase obrera. Esta prosperidad había permitido que ciertas categorías de trabajadores enérgicos, cuya situación favorecía, mejorasen en mucho su suerte por medio de sindicatos. Y como al mismo tiempo habían crecido los provechos en una proporción enorme, los capitalistas perdonaban á los obreros sus victorias. Se formó una aristocracia obrera que creyó en la armonía del capital y del trabajo como en el Evangelio. Sólo una cosa la destruía aún: la privación de derechos políticos de los trabajadores.

Liberales y conservadores no tenían ya que oponerse demasiado á la elevación de la aristocracia obrera hasta los rangos de las clases políticamente privilegiadas. Era un medio de separarla de la masa del proletariado. Además, después de algunas tentativas desgraciadas, los trabajadores más favorecidos de las ciudades obtuvieron en 1867 el derecho de votar, por una ley que hacía elector á cada jefe de familia, en las cir-

cunscripciones electorales urbanas. De este modo fué casi triplicado el número de electores. Ascendió desde un millón aproximadamente, hasta tres millones, de los que la mayor parte estaba en las ciudades. En 1872 siguió una ley que establecía el voto secreto.

Pero los diputados continuaron sin obtener la indemnidad, y de este modo continúa hoy día; y subsistió y subsiste—obstáculo mayor aún—para los candidatos, la obligación de pagar los gastos electorales, y de depositar, al presentar su candidatura, una caución equivalente.

Esta obligación no ha impedido á los trabajadores penetrar en el Parlamento. Pero sólo los que pudieron gozar del favor de los ricos «amigos de los trabajadores» lo consiguieron, pagando los ricos por ellos los gastos de la elección. Gracias á estos «amigos de los obreros», el espíritu de sacrificio de los trabajadores ingleses, muy desarrollado en las luchas sindicales, está, en cuanto á las luchas políticas, muy deprimido, y es preciso imbuírsele de nuevo. Esto es uno de los obstáculos que se oponen á un movimiento obrero independiente en Inglaterra.

Las poderosas y florecientes Trades Unions, habían llegado á ser foco de un estrecho espíritu de casta y de exclusivismo corporativo, y su efecto había sido debilitar la conciencia general de clase entre la aristocracia obrera. Su separación de la política de la población obrera, su admisión entre las clases políticamente privilegiadas, destruían por completo en ella la conciencia de clase. En lugar de formar la vanguar-

día de las masas obreras más instruídas, estos «obreros aristócratas» se hicieron sus opresores.

Sin conciencia de clase, sin adhesión á una organización política independiente y completa, á un partido obrero, estas corporaciones obreras, tan poderosas y tan vastas desde el punto de vista económico, formaron una masa incoherente desde el punto de vista político, lo mismo que las clases medias de la burguesía. Su entrada en el Parlamento no alteró el carácter del parlamentarismo. Siguió éste siendo una representación de clase de la burguesía.

Pero esta tranquila vida parlamentaria no debía durar por largo tiempo. Al progresar el desenvolvimiento económico, conmovió los fundamentos de la armonía general entre los beneficiados, la renta y el salario. Al lado de Inglaterra fueron insensiblemente engrandeciéndose otras naciones, que llegaron á ponerse en estado de disputarle la supremacía sobre el mercado del mundo, particularmente los Estados Unidos después de la guerra separatista, y Alemania después de la guerra de 1870. La concurrencia universal fué haciéndose más aguda de día en día; á esto se añadieron crisis asoladoras, paros en los negocios, de una extensión y duración desconocidas hasta entonces. Los beneficios capitalistas comenzaron á ser más cortos.

Al mismo tiempo iban también bajándose rentas y salarios. El desarrollo del cambio con los países del otro lado de los mares traía al mercado inglés desde 1870, en cantidades siempre mayores, productos alimenticios á bajo precio. Lo

que los propietarios de las tierras habían esperado como una consecuencia de la abolición de los derechos sobre los trigos, después de 1850, tuvo lugar á partir de 1870: un constante decrecimiento de la renta que producía el trabajo agrícola. A partir de este momento, se empezó en las tierras á desear vivamente los derechos de aduanas.

Pero no fueron sólo las rentas lo que bajó. Los largos estancamientos de los negocios hicieron que también se bajasen los salarios. Hasta en los sitios en que los salarios no disminuyeron directamente, el salario anual de la masa decreció en realidad, puesto que el trabajo fué irregular y el número de días en que al cabo del año hubo de holgar en obrero por término medio fué creciendo. Las Trades Unions, que desde 1850 hasta 1873 habían conseguido brillantes victorias, tropezaron ya para siempre con el límite de su influencia y se vieron frecuentemente fuera del estado de impedir la baja de los salarios y de proteger de un modo suficiente á los obreros sin trabajo. Los conflictos entre el capital y el trabajo fueron haciéndose más frecuentes, más apasionados. En las viejas asociaciones corporativas empezó á filtrarse por varios lados un espíritu nuevo, anticapitalista, y á su lado á engrandecerse un movimiento obrero nuevo, animado por aspiraciones políticas y sociales nuevas.

Habiendo cambiado las circunstancias de este modo, la burguesía se dividió en dos campos. El primero tuvo por enemigo peligroso al pro-

letariado, y por miedo al socialismo se apiñó más firmemente que nunca alrededor de los propietarios de las tierras. Sus tendencias proteccionistas no eran de temer. Los espíritus más profundos de la aristocracia de las tierras inglesas, saben demasiado bien que la exigencia de Inglaterra está ante todo ligada á su industria, no á su agricultura. Y en general, los grandes propietarios de las tierras están personalmente interesados también en el desenvolvimiento de la industria, es decir, en el beneficio capitalista. El partido conservador, que entre 1830 y 1840 era aún un partido puramente de propietarios de las tierras, y que se servía de los trabajadores contra las fabricantes, había llegado á ser hacia 1860 uno de los dos partidos capitalistas, que lo mismo que su competidor, el partido liberal, coqueteaba con la aristocracia obrera; desde hace unos veinte años, va haciéndose, de día en día, el partido de los poseedores; en general, oponiéndose á la clase obrera. No tiene inconveniente en que de cuando en cuando algunos de sus miembros se dediquen por un momento á la filantropía obrera demagógica, pero se opone resueltamente á toda reforma práctica que mire por el interés del proletariado.

La otra parte de la burguesía, particularmente la que ha conservado las tradiciones de radicalismo del tiempo de la lucha por la primera reforma electoral, cuando la gran propiedad era el enemigo principal de la burguesía, y capitalistas, pequeños burgueses y obreros, habían debido formar contra ella una sólida alianza; esta

parte de la burguesía, también, como la otra que se hizo «conservadora», empieza á temer á los trabajadores. Pero estos burgueses, los «radicales», creen que la fusión de las clases poseedoras en una sola «masa reaccionaria» no sería el mejor medio de conjurar la fatalidad que se trata de desviar. El proletariado quedaría de este modo, formalmente, obligado á separarse de las clases poseedoras y á constituir un partido distinto en oposición con ellas, y que sería bien pronto invencible. El único medio de conservar al proletariado al servicio de los intereses de la burguesía, es para ésta colocarse ella misma á la cabeza del movimiento reformista y hacer concesiones según las cuales, los propietarios de las tierras soportarían los gastos ante todo, siendo la clase en oposición á la cual, capitalistas y obreros tienen intereses comunes. El partido liberal ha llegado entretanto á ser lo que habían sido los conservadores entre 1830 y 1840: el partido de los amigos de los obreros y de los filántropos. Se han trocado los papeles.

Así se forman, bajo la influencia del desenvolvimiento económico, en el seno y bajo el nombre de los antiguos partidos, dos partidos nuevos. El Parlamento vuelve á dejar de ser sencillamente un escenario para las intrigas de los llegados y de los comediantes, vuelve á ser teatro de luchas serias, teatro de luchas de clases, de luchas entre partidos separados por divergencias fundamentales.

El primer resultado importante de esta forma-

ción de los partidos, fué la reforma electoral de 1885.

Con objeto de quebrantar esta influencia de los propietarios de las tierras en las circunscripciones electorales rústicas, el partido liberal concedió el derecho de votar á los trabajadores de los campos, para esta reforma. Este derecho, por cabezas de familia, que hasta entonces sólo había valido para las circunscripciones urbanas, fué extendido á las circunscripciones rurales, á los condados. El partido liberal esperaba aún consolidar de este modo su dominación por largo tiempo. Pero no había contado con la huésped. Para que su cálculo resultase justo, hubiera sido preciso que su crédito para con la burguesía no hubiese disminuído. Pero no podía hacer concesiones á la clase obrera sin alejar de sí á muchos elementos burgueses. Y el estar la burguesía ligada á él, fué todavía más dependiente de los trabajadores. Hubo de concederles nuevos derechos políticos para acrecentar la eficacia de su crédito para con ellos; tuvo también que hacerles concesiones económicas.

Si los conservadores han llegado á ser el partido de las clases poseedoras, los liberales han llegado á una situación en la que su único apoyo se encontrará entre los obreros.

Pero la filantropía obrera de la burguesía inglesa no puede limitarse á este programa: reforma social á expensas de la gran propiedad.

El desenvolvimiento económico ha removido las masas de las categorías de proletarios que se encontraban por debajo de la aristocracia obrera,

la reforma electoral de 1885 ha concedido el derecho de votar á una gran parte de entre ellos. Llegan á ser un factor político. No están aún estas categorías plenamente imbuídas de radicalismo burgués; su posición social y la situación histórica la hacen más accesibles al socialismo moderno que la aristocracia obrera, la cual, ahora, por otra parte, á medida que va desmenuzándose, pierde su repulsión hacia el socialismo.

Estos grupos se mantienen en una actitud hostil enfrente de toda la sociedad capitalista. Y reclaman una mejora de su suerte, una mejora directa de las condiciones del trabajo. Desde hace veinte años, persiguen aún los trabajadores ingleses sus reivindicaciones sobre el terreno reformista. Enrique George era el héroe del día. Luego la jornada de ocho horas fué la consigna, y la masa del partido liberal, que recientemente aún combate apasionadamente esta reivindicación, se vió obligada á cejar en su resistencia. De hecho, el partido liberal es ya prisionero del proletariado; la importancia económica de éste y el poder que le da el derecho del sufragio, son grandes. Los liberales se ven hoy día, con dolor, forzados á hacer promesas á los obreros, á costa, no sólo ya de la gran propiedad, sino hasta de los industriales capitalistas.

Adónde debe conducir y conducirá este desarrollo, está claro: el partido liberal será llevado paso á paso á un punto en que se vea en el caso de decidir si ha de permanecer siendo un partido burgués ó si quiere llegar á ser un partido obrero distinto. Si opta por la primera alter-

nativa, rompe con los trabajadores y toca por sí mismo la hora de su caída, puesto que su crédito en las esferas burguesas desaparece rápidamente y es ya demasiado endeble para sostenerle y darle vida. Detrás de él se eleva un partido obrero independiente, que se aprovecha de toda contemporización, de toda resistencia del partido liberal enfrente del proletariado, y le suelta en el momento en que quisiera protestar: hasta este punto, pero no más lejos.

Si, por el contrario, no tienen los liberales el valor de romper, si se dejan llevar siempre más lejos por el camino de las concesiones á los obreros, es entonces imposible que impidan la formación de un partido social democrático. Mas esto sólo podría suceder si el partido liberal evolucionase por sí mismo hacia la Democracia Social: todos los elementos que tienen interés en la explotación capitalista se separarían de él, y de entre los elementos burgueses sólo quedarían á su lado los tráfugas de la burguesía que hubieran roto con la sociedad capitalista.

No es verosímil que el desenvolvimiento de los partidos en Inglaterra tome este camino á pesar de los lazos que unen á los ingleses con las viejas formas y de la predilección que sienten por beber vino nuevo en odres viejos.

Después de todo, que sea lo quiera. Aquí se trata sólo de mostrar, siguiendo paso á paso el desarrollo de los partidos de Inglaterra, hasta qué punto es inexacto afirmar que el Parlamentarismo sirva exclusivamente á la clase capitalista. Hemos visto cómo, según la amplitud del des-

envolvimiento económico y según la modalidad del sufragio, el sistema representativo sirve á los intereses de clase más diversos, y ha recibido los más diferentes caracteres.

Después de haber sido durante medio siglo el instrumento de dictadura de la aristocracia, la Cámara de los Comunes fué, durante el otro medio, el instrumento de dictadura de la burguesía industrial. Pero ésta ha perdido ya su hegemonía; el proletariado está ya en estado de dejar sentir desde el Parlamento su acción sobre la política interior y se acerca á pasos de gigante el día en que el omnipotente Parlamento inglés sea un instrumento de dictadura entre las manos del proletariado.

XIII

EL PARLAMENTARISMO Y LA CLASE DE LOS TRABAJADORES

Si sostenemos que hay parlamentarismo y parlamentarismo, que la forma parlamentaria es un arma que puede servir y que ha servido á las clases y partidos más diferentes, no queremos con esto pretender que la existencia del parlamentarismo favorezca en el pueblo á ciertos grupos en detrimento de algunos otros.

Hemos visto que entre las funciones que tiene que llenar un Parlamento, hay algunas que no son muy sencillas. Como cada función, en la división actual del trabajo, la del parlamentarismo reclama conocimientos y cualidades especiales; reclama el hábito de usar la palabra, un horizonte intelectual bastante extenso para comprender los asuntos de significación general, nacional é internacional; reclama, en fin, un cierto grado de cultura jurídica, económica é histórica, á lo menos para todos los diputados que quieran ó puedan ser algo más que un simple «rebaño de votadores».

En consecuencia, los parlamentarios se reclutan en el seno de estas clases cuya actividad pro-